

VER:

Durante unos Ejercicios Espirituales, el director nos hizo caer en la cuenta de la diferencia entre “remordimiento” y “arrepentimiento”. Aparentemente tienen un significado similar, pero hay diferencias importantes entre ambos: el remordimiento me encierra en mí mismo, pensando y repensando en lo que he hecho o dejado de hacer, y además eso queda ahí “para siempre”, nunca desaparece y cada vez que lo recuerdo vuelvo a sentir remordimiento. Por el contrario, el arrepentimiento no me encierra en mí mismo, sino que me sitúa frente a un “tú”, frente a alguien, y lo que me duele no es tanto el acto en sí mismo, cuanto haber fallado a esa persona, a su confianza, a su amor; y por eso, el arrepentimiento no me “condena” al pasado, a seguir dando vueltas a lo que hice, sino que me impulsa a un futuro en el que me propongo no volver a fallar a esa persona.

JUZGAR:

La Palabra de Dios en este domingo nos invita a pasar del remordimiento al arrepentimiento, y para eso Jesús nos ha ofrecido la parábola de los dos hijos, que reaccionan de forma diferente ante la misma petición de su padre: *Hijo, ve hoy a trabajar en la viña.*

El segundo respondió: “Voy, señor”. Pero no fue. Este hijo se sitúa a sí mismo en el centro, con sus gustos, sus apetencias... y no piensa en el padre. Quizá más tarde pudo sentir remordimiento por haber dicho una cosa y no haberla cumplido, o quizá no. Pero ahí quedó todo.

El primer hijo, por el contrario, respondió a la petición del Padre: “No quiero”. Pero después se arrepintió y fue. Este hijo no piensa sólo en sí mismo y en lo que le apetece, sino que piensa también en su padre, y por eso no siente remordimiento, sino arrepentimiento: le duele la mala respuesta que ha dado, pero sobre todo haber fallado al amor y confianza de su padre y por eso después se arrepintió y fue. El arrepentimiento lo impulsa a la acción, a hacer lo que debe, y sobre todo para no volver a fallar a su padre en un futuro. El mal cometido sirve como estímulo para el bien.

Al contrario que el remordimiento, el arrepentimiento nos saca de nosotros mismos y de permanecer encadenados a nuestras faltas y pecados y posibilita que aprendamos de nuestros errores y podamos dar una nueva orientación a nuestra vida, como hemos escuchado en la 1ª lectura: *cuando el malvado se convierte de la maldad que hizo, y practica el derecho y la justicia... si recapacita y se convierte de los delitos cometidos, ciertamente vivirá y no morirá.*

Y esa conversión del remordimiento al arrepentimiento vendrá motivada por descubrir que estamos ante un “Tú”, ante Dios mismo y su amor infinito por nosotros, y nos dolerá fallarle a Él y a su amor. Y ese “Tú” que es Dios mismo se hace presente en los diferentes “tú” que forman parte de nuestra vida cotidiana, como nos recordó el mismo Jesús: *cada vez que lo hicisteis con uno de éstos... conmigo lo hicisteis (...) cada vez que no lo hicisteis con uno de éstos... tampoco lo hicisteis conmigo* (Mt 25, 40.45).

Por eso San Pablo nos hacía en la 2ª lectura unas recomendaciones para no vivir encerrados en nuestro “yo” sino pensar en esos “tú” que tenemos delante todos los días: *no obréis por envidia ni por ostentación, dejaos guiar por la humildad y considerad siempre superiores a los demás. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás.*

ACTUAR:

¿Suelo sentir remordimiento o arrepentimiento? ¿Entiendo la diferencia entre ambos? ¿Con cuál de los dos hijos de la parábola me identifico más? ¿Creo que, por grande que sea mi pecado, el arrepentimiento me puede abrir a un futuro nuevo? ¿Vivo las recomendaciones de San Pablo?

El paso del remordimiento al arrepentimiento lo tenemos que dar cada uno, pero no se va a producir sólo por nuestro empeño y esfuerzo; la principal motivación será descubrir y vivir la presencia de Dios en nuestra vida, y esa presencia se ha hecho carne en Jesús. Por eso San Pablo resumía sus recomendaciones diciendo: *Tened entre vosotros los sentimientos propios de una vida en Cristo Jesús.* Necesitamos vivir unidos a ese “Tú” que es Cristo Resucitado por la oración, la Eucaristía y demás sacramentos, por la formación... para ir adquiriendo sus mismos sentimientos y concretarlos en nuestra vida cotidiana. Y cuando pequemos, sentiremos arrepentimiento y nos sentiremos animados a seguir adelante con el propósito de no volver a fallarle a Él y su amor.